LA NANA MUERTA

JC Domínguez

Capítulo 1

—La nana está muerta —dijo mi abuela apenas se paró en el umbral de la puerta. Venía con su bata rosa, y con sus pantuflas cafés, que en realidad le había robado al abuelo hacía muchos años.

Todos volteamos a verla pidiendo con la mirada que volviera a decir eso que habíamos escuchado, pero en su lugar volvió a decir "la nana está muerta". Entonces mis padres y yo nos miramos confundidos.

—¿Qué? —preguntó mamá en un último intento de que nos explicara sus palabras.

—Que la nana está muerta —volvió mi abuela, exigiendo con su rostro alguna respuesta de nuestra parte.

—¿Cuál nana, mamá?

—Pues la nana, la que está muerta

—¿Dónde está? —preguntó papá.

—En el cuarto —contestó mi abuela.

Yo me paré al mismo tiempo que papá y juntos fuimos a ver su cuarto. La cama estaba perfectamente tendida y no encontramos nada muerto.

—No hay nada, abuela —le dije.

—Ahora resulta que la nana no está muerta —dijo mientras se cruzaba de manos en un gesto de indignación.

—Ay, mamá, tú y tus cosas, ya vente a desayunar —le pidió mi madre.

—No —contestó abuela—. Hasta que saquen a la nana muerta.

—Te digo que no hay nada, suegra, ya vente a comer.

Creo que a la abuela no le hizo gracia la insistencia y mejor se salió al patio para empezar a regar sus plantas. Todos volvimos a comer y a pensar cada quien en sus cosas.

Cuando regresé del colegio, la abuela todavía estaba en el patio. Mamá estaba hablando por teléfono con papá. Escuché su preocupación: "Mario, por favor, vente a la casa porque mamá no se quiere meter. Todavía está

con lo de la mentada nana muerta”.

Pronto llegó papá. Salió al jardín y regresó vencido.

—Pues no quiere meterse. Que hasta que no saquemos a la nana muerta.

—Ay, mamá… pues ve y fíjate a ver qué… —insistió mamá fastidiada.

Él se encerró mucho rato en el cuarto de la abuela. Se escuchaba que movía la cama, que abría la puerta del clóset, que sacaba las maletas viejas. Salió nos miró a mamá y a mí.

—Nada.

—¿Estás seguro?

—Bien seguro.

Las noches caían más rápido en esos meses. Cuando el hambre y otras necesidades comenzaron a ser insoportables, mi abuela decidió poner alto a su huelga de silencio. Abrió la puerta de tela y avanzó hacia el baño. Salió y se sentó a cenar cuando ya todos nos estábamos sirviendo. Nadie habló del tema. En cambio, me hicieron preguntas de cómo me había ido ese día, a lo que contesté extendiéndome en mis respuestas de la mejor manera que pude. La abuela cenó callada. Cuando papá le preguntó cómo iba su enredadera, ella contestó con un “Bien”, a secas, que sonó como cachetada. Todos callamos hasta que mamá le preguntó si le ponía las gotas de los ojos.

—Pues a ver si eso sí pueden hacer bien —contestó.

A la hora de dormir, mi abuela rompió el silencio conmigo.

—Juan, ve y tráeme mis almohadas y unas cobijas. A ver si tú ves a la nana muerta para que les digas a tus papás que no estoy loca.

Obedecí. Y al llegar a su cuarto, un olor extraño, como a comida podrida, llegó hasta mí. Olvidé las almohadas y fui por papá, que leía en la sala.

—Oye, huele raro en el cuarto de la abuela —le dije.

Me acompañó y cuando entramos el olor seguía allí.

—Sí, es cierto —murmuró.

Fuimos por mamá y pasó lo mismo. Luego buscamos a mi abuela para comentárselo. Lo primero que hizo fue preguntarnos por las almohadas.

Entonces todos regresamos y le llevamos una cada quien.

—Oye, ¿qué huele así en tu cuarto? —le preguntó papá.

—Pues la nana muerta —contestó ella.

En ese momento todos la tomamos un poco más en serio. Papá volvió a desacomodar todo el cuarto. No encontró nada. De la abuela no pudimos sacar otra palabra porque ya estaba roncando a garganta suelta frente a la televisión aún prendida.

El desayuno del día siguiente empezó normal hasta que la abuela habló

—Quiero regresar a mi casa. Si no van a sacar a la nana muerta, es mejor que yo no esté aquí porque no la soporto.

El miedo nos llegó a todos como un súbito martillazo. "No la soporto", era la frase que más se me quedó grabada. La frase parecía no referirse al olor, que ahora llegaba hasta el pasillo. Abuela se estaba quejando de otra cosa, como si un muerto no la dejara dormir por lo pesado de su mirada o porque no dejaba de moverse cuando se acostaba junto a ella. Había algo más en las palabras de la abuela, pero ninguno de nosotros tuvo las agallas para seguir preguntando.

Por turnos íbamos a revisar su cuarto. Ni mamá lavó los platos, ni papá fue a trabajar y, como era fin de semana, yo no fui al colegio. Estábamos preocupados por ese olor que parecía avanzar, cada vez ganando más terreno. Ese día los tres nos dimos por vencidos y continuamos la tarde distrayéndonos. Pero yo no prestaba atención a la tarea; mamá ya había lavado ese plato que tenía en las manos, y papá estaba leyendo otra vez esa página, quizá esa misma línea. Todo eso de la nana nos tenía como en un tiempo ajeno en el que los pensamientos no avanzaban y parecía que hacíamos las cosas una y otra vez. De todos nosotros, abuela era la más tranquila. Estaba enojada, eso sí, pero no tenía miedo.

Todos nos fuimos a dormir. En cuanto me metí debajo de las cobijas, un sonido, como el zumbar de la televisión, me quitó el sueño. Luché por tranquilizarme. Me dije que estaba pensando demasiado en la nana y eso me avivaba mucho la imaginación, pero luego llegó otro sonido que me puso alerta: era como si pudiera escuchar un par de pies moviéndose sobre la cama, provocando un tenue rechinar en el colchón gastado de mi abuela. Me sentí observado por unos ojos vigilantes y enfermos.

Mis padres y yo abrimos nuestras puertas al mismo tiempo. Nos encontramos en el pasillo y desde ahí pude ver a mi abuela dormida en el sillón. Los tres nos miramos y avanzamos juntos hasta la puerta del cuarto de la abuela. Al entrar en él, tuvimos que desviar nuestra mirada para soportar la impresión. Todo era cierto. Y todo el tiempo estuvo ahí.

¿Cómo fue posible que nunca la viéramos? Mamá me tomó de la cabeza y me acercó a su pecho. Papá nos abrazó. Ahí estaba. Siempre estuvo ahí y no lo habíamos notado. Ahí estaba la nana muerta.